

Petit texte

Sobre el sobrenombre

(nota a pie de página de O ENTREVERO,
inédito de Ajens, A., *et al.*, p. 87).

* **PETIT TEXTE.** En un liminar doble paso, entre frontera y frontera y entre año y año, Jacques Derrida se habrá visto envuelto en un inopináceo entrevero con *la ley* — la (autoritaria) Ley. Al disponerse a volver a París tras participar en un seminario sobre derechos humanos y ‘archiescritura’ con intelectuales checos disidentes, el filósofo & escritor es detenido en el aeropuerto de Praga al cierre de 1981; entre ‘sus cosas’ la policía encuentra *droga* (*Le philosophe Jacques Derrida serait détenu pour “trafic de drogue”* titula el 1º de enero de 1982 *Le Monde*). Sometido a prolongados interrogatorios y a fotográficas sesiones en cueros, J. D. pasa un par de días bajo arresto — *trabajaba en ese momento en un petit texte sobre Ante la ley que andaba trayendo conmigo, y probablemente fue cuando yo visitaba la tumba de Kafka que* [los policías] *se ocuparon de mi maleta en el hotel*, comentará más tarde a un medio francés [*Desceller (“la vieille neuve langue”*), in *POINTS DE SUSPENSION*, 1997, entrevista con Catherine Davis publicada inicialmente por *Le Nouvel Observateur* bajo el título: *Derrida l’insoumis*] sin un pelo de ironía, empero. La ‘norma autoritaria’ (pues los autoritarismos de toda laya no habrán carecido de una: la imposición precisamente de *una voz*, de *una sola* lengua) vendría a ser *como* una confabulación (del) inconsciente, punteara J. D. un poco más adelante, tal intriga de las (sistémicas) jerarquías: *Cette norme autoritarire, ce serait comme un complot inconscient, une intrigue des hiérarchies (ontologiques, théologico-politiques, technico-metaphysiques), celles-là mêmes qui appellent des analyses déconstructives* (id.) *Or* — ¿por qué tal ley autoritaria, tal complot (del franco *complot*, emparentado éste con el *plot* inglés, según COROMINAS, esto es, no sólo ‘franja de terreno’ y ‘conspiración’ sino también ‘argumento’ o ‘asunto de una obra’ y aun, en su valor verbal, ‘trazar’; el *THRESOR DE LA LANGUE FRANÇOYSE* de Jean Nicot lo da a su vez por traducción del latín *coitio*, ‘encuentro’, ‘choque’ y ‘conspiración’, pero también y por cierto ‘acoplamiento carnal’), sería tal cual: ‘inconsciente’? (Ya en *LA CARTA POSTAL* J. D. habrá imbrincado recurrentemente *intriga* y *complot* al envión metafísico, aludiendo a las ‘intrigas socráticas’ y a ese ‘complot vengador que llamamos platonismo’). Mas, aún allende y aquende el *por qué* y sus hipotéticas razones, la metafísica intriga — su ley, si tal se diera — ¿no vela acaso y precisamente la inzanjabilidad entre consciente e inconsciente, decisión personal e impersonal prospecto, subjetividad y

automatismo — su *irrefrenaz* referencial diferimiento? *Pas du tout: à ce pas (le) tout se jouerait plutôt dans le ‘comme’, celui du ‘ce serait comme’... un complot inconscient... ou (de) K. avant la lettre.* ¿Otra (inextricable) aporía? Pues, ¿qué sería un complot, confabulación, colusión o aun coito, sin pacto o conjura, sin ‘decision’ — preliminar o en acto? ¿Violencia y violación sin más? ¿Nomás sonambulía? (Logófago, como comodín — consiente: *Si je ne comme bien, qu'un autre comme pour moy*; M. M., ENSAYOS, citado por M. D. in GISANTS).

A UNO QUE SE ESTABA ANTE LA PUERTA

Prosigamos con el *petit texte*. Con éste, por de pronto, sobre *Ante la ley* (*Vor der Gesetz*, de Kafka, que a su modo es también un *petit texte*, cita o antecita de un acotado pasaje de *EL PROCESO*) en el que trabajara J. D. cuando los poderes sacrosantos urdieran su — oh complot inconsciente — intriga en Praga. Antes que una cita del nombre del relato kafkiano, *Ante la ley* de J. D., lo precisa en el ‘cuerpo’, viene a ser una homonimia — lo que no es pues lo mismo (*no tienen ni la misma referencia ni el mismo valor*). Justo después de citar en epígrafe a Montaigne, el opúsculo de marras (sigo aquí la única traducción castellana que conozco, la de Ana Azurmendi, en adelante A. A., in J. D., *LA FILOSOFÍA COMO INSTITUCIÓN*, Ed. J. G., Barcelona, 1984) francamente demarra:

A veces, un título parece la referencia de otro título. Pero desde el momento en que nombra otra cosa, ya no citará simplemente, sino que convertirá al otro título en un homónimo del primero. Todo esto conllevará siempre algún prejuicio [préjudice a todas luces; yo subrayo] o usurpación.

Teniendo en cuenta estas posibilidades leeré, y leer viene a ser aquí citar, el relato de Kafka titulado Vor der Gesetz, Ante la Ley.

Y enseguida, en efecto, leyendo *Ante la ley* de J. D. nos encontramos con el *petit texte* de Kafka, íntegro, casi, título incluso, que aquí circunscribimos a comienzo y fin:

ANTE LA LEY

Ante la ley se yergue un guardián de la puerta [*ein Türhüter*, literalmente un ‘guardapuerta’, un portero]. Vino un día un campesino [*ein Mann vom Lande*] rogando que le dejara entrar. Pero el guardián contestó: ‘Por el momento no’. [...] Su vida se acercaba al ocaso. Antes de morir, todo lo que había vivido durante el tiempo de su permanencia allí se resumió en una pregunta que nunca había formulado [...] “Si todo el mundo procura entrar en la ley, manifiesta el hombre, ¿cómo explicas entonces

que en todos estos años sólo yo he venido a pedirte que me permitas entrar?”. El guardián, dándose cuenta que el hombre estaba próximo a su fin, y de que casi no oía, le gritó al oído: “Nadie más que tú podría conseguir entrar en esta puerta, pues esta puerta está designada para tí. Ahora me dispongo a irme y cierro [*schließe ihn*, en otros términos: termino, acabo].

(Lo que antes se habrá dicho sobre la homonimia cabe aquí también para la traducción, lo subrayara por demás J. D. Pero cuando el daño o perjuicio en traducción recae sobre el propio franco *préjudice* ('perjuicio'), al ser vertido o convertido en un 'prejuicio' (*préjugé*), tal doble estropicio ameritara al menos un pequeño paréntesis, frugal. Ciertamente es que ambos términos, tanto en francés como en castellano, comparten una misma raíz latina — *praeiudicium* — y cierto es que normalmente prejuzgar es también perjudicar, mas (y este 'mas' no es menor) no siempre ocurre así; puede haber un prejuicio favorable, tal como se habla de una 'discriminación positiva'. Perjudicar en traducción *Ante la ley* de J. D., no implicaría sólo no hacerle justicia — como más adelante reincidirá A. A. al traslapar una docena de veces *différance* por 'diferencia', *interrompu* por 'repetido', *l'innaccessible provoque depuis son retranchement* por 'lo inaccesible provoca entonces su supresión' etc. —, sino también subrayaría las líneas de resistencia, represión o rechazo en traducción: “La traducción [otra, de la misma, A. A., de J. D., hacia el fin de 'La filosofía como institución'] borra, mas señala asimismo aquello a lo que resiste y que a su vez le resiste, hace leer la lengua en su encubrimiento mismo”. Por lo cual, lejos nos, se entendiera, de pretender iniciar aquí un proceso contra A. A. por faltas graves en traducción. Por demás, por más evidentes que parezcan los casos ya anotados, la cosa es más complicada: toda prueba concluyente falta. Pues *Ante la ley*, el texto de J. D. traducido por A. A., no es exactamente el mismo que, con el nombre de *PRÉJUGÉS, devant la loi*, J. D. leyera en el castillo de Royaumont, en el seminario *La facultad de juzgar* en torno a la obra de J. F. Lyotard a mediados de 1982 — publicado por las *Editions de Minuit* en 1985, esto es, un año después, de la publicación española. En primer lugar, todos los pasajes que en el 'original' están referidos a Lyotard — una buena quincena de páginas — están ausentes del texto castellano. Y viceversa: en el texto castellano hay también pasajes — una decena de páginas — enteramente ausentes del texto francés; entre otros, el antecitado párrafo inicial. Por lo cual todo lo que habremos dicho sobre el *perjuicio* en traducción acaso se venga al suelo y tal vez no sea, a todas luces, más que un *prejuicio* en operación. Así, en lo que viene, todas nuestras remarcas de traducción, aún en los casos aparentemente más flagrantes,

han de leerse sujetas a esta puntual *precaución*: todo juicio, todo proceso y todo dictamen, se mantiene en suspensión).

De corte filosófico en apariencia (pero, nada será más problemático que el susodicho corte y la susodicha apariencia en una conferencia que deja literalmente en vilo, sin desconocerlas empero, las fronteras supuestas entre filosofía y literatura), el *petit texte* laborado en Praga, como el otro, el de Kafka, no carecerá de su propia (impropia) intriga. Pues la intriga, en efecto, al aguaito o a la gira, continúa: intriga de *Ante la ley* (*Devant la Loi*) ante *Ante la ley* (*Vor dem Gesetz*), intriga a título del nombre, del nombre autonombrándose en el nombre, del *petit texte*, y nombre del sobrenombre o del nombre entre comillas, de J. D.:

Aquí, “Ante la Ley”, expresión que menciono entre comillas, es el título de un relato. [A. A. deja pues *la ley* de *Ante la ley* con mayúscula, siguiendo aparentemente la convención francesa de titulación *à la lettre* y no sólo francesa, mas no la castellana, de mayuscular y enaltecer las distintas palabras de un título, con excepción de conjunciones y artículos cuando estos no encabezan el encabezamiento mismo, esto es, el título o nombre; en cuanto al castellano migrante, lengua que aquí manda o comanda, no reclama sus fueros empero, fueran aun estos justos — acatando sin cumplir su ordenanza, ‘americana’, sólo traducción demanda...]. Creemos saber lo que es un título y, en particular, el título de una obra. Está situado en cierto lugar muy determinado y ordenado por leyes convencionales: al principio y arriba, a una distancia reglamentada del cuerpo mismo del texto, en todo caso, antes de éste. [...] Nombra y garantiza la identidad, la unidad y los límites de una obra original que el autor titula. Lógicamente los poderes y el valor de un título tienen una relación esencial con algo [así] como la Ley, se trate de un título en general como del título de una obra, literaria o no. Se anuncia ya una especie de intriga en un título que nombra a la ley (*Ante la Ley*), como si la ley se diese título a sí misma o como si la palabra ‘título’ se introdujese insidiosamente en el título. Permitamos que continúe la intriga. [*Laissons attendre* — dice el texto francés: dejemos esperar, démosle su tiempo a — *cette intrigue*]

¿Quién permite qué? ¿Nosotros? ¿Quien(es), nosotros? — se lo preguntara Germán Bravo al inicio de ‘Hay comentario...’, su *petit texte* sobre la ‘cuestión de la droga’ expuesto precisamente *ante* J. D., en su *petit séminaire*, rue d’Ulm, años ha, citando a su vez la pregunta que se hacía Heidegger a propósito del verso de Hölderlin *Ein Zeichen sind wir, deutungslos...* en *A QUÉ LLAMAMOS PENSAR* (y él responde, Germán, citando otra vez al maestro de Alemania, ‘nosotros, los hombres de hoy, los hombres de un hoy que dura desde hace tiempo y aún por mucho tiempo, en una duración para la cual ninguna cronología ‘histórica’ aportará jamás medida’). Nomás decir del cholofauno aquí, *jiwasanaka*, un poco antes, pero, al modo de una de esas piedras que un transandante deja sobre una *apacheta* intercordillerana por los caminos del Ande (*apachita*, según Bertonio, ‘montón de piedras que por

superstición van haciendo los caminantes y los adoran'; de la raíz verbonominal *apa-*, 'llevar', 'traer', 'enviar', que según un estudio léxico de mi amigo Zacarías Alavi, de la Universidad Mayor de San Andrés en La Paz, da pie para cerca de ochocientos términos aymaras, sin hablar por ahora de los quechuas). ¿La intriga? Maquinación y/o trama, lo que anuda decisivamente los distintos acontecimientos o momentos de un relato (en francés, también, *liaison amoureuse souvent illicite et secrète*) y aun, por proveniencia, nomás nonada (del latín *tricae*, 'nadería').

Abandonando por ahora la posibilidad de citar íntegramente *Ante la ley* de J. D., aun vía módicas entregas, me limito a ensayar de paso algunos comentarios al canto o que caen, decir de un cierto castellano migrante, de cajón o de maduro, en el planteo de una pregunta preliminar — antes del linde, entonces, de este *petit texte* por de pronto, y ante(s) de *Ante la ley* y a *Ante la ley* de J. D. (y/o de 'Jacques el Destripador', como lo apodara cariñosa e insidiosamente Germán).

Pregunta, doble sobrepuja, ante *Ante la ley*: ¿qué es un sobrenombre en filosofía — o, más amplia y precisamente, en enhuelladura? ¿Qué pasa — si pasa — *en y con* un sobrenombre, ya de persona, ya de obra? Pregunta(s) nimia(s) ante homonimia tal, tal nadería de una intriga a pie de página — tal vez. O tal vez no, y entonces, *tal vez*, todo un indecible enredo otra vez sobreviniera. Nos lo recordara por caso o caída el *Estagirita* (Aristóteles), *Platón* mismo (su nombre, como se sabe, era Aristocles; *Platón*, mote relativamente corriente en la época, refería a su anchura de espaldas según Diógenes Laercio), el *Perro* (el otro Diógenes), *El que no escribe* (el Sócrates de Nietzsche) y *El último (ojalá) romántico* (el Heidegger de Hannah Arendt) — para no abundar por ahora en los sobrenombres de otros porteros de nota que celan el paso, tal *Araña negra* (el checo Leo Yashin), la *Cordillera de los Andes* (el Neruda de Parra, N., Lihn, E, *et al.*) y, marcadamente en la tradición judía (donde *Yavé*, *Elohim*, *Adonai et al.* son sólo sobrenombres del Inefable nombre), *Dios*. *Dios* mismo, tal sobrenombre de(l) Sí Mismo.

Podríamos reiterar aquí, hasta cierto punto, el análisis de J. D. sobre el nombre (en literatura). Podríamos creer que sabemos qué es un sobrenombre (ya hemos nombrado algunos), apodo o mote. Podríamos, circunscribiendo por ahora la cuestión al sobrenombre de una obra (filosófica o no), anotar algunos rasgos comunes definitivos, o aparentemente inexpugnables, y luego descoyuntarlos. Y aun podríamos... (*Faut le faire...!*)

Uno: topológicamente, el sobrenombre es 'exterior' a la obra, no se inscribe en ella, como sí ocurre con el título o nombre, o aun los eventuales subtítulos; el

sobrenombre se da en otro(s) texto(s), otra(s) obra(s) y desde tal(es) parasita o convoca la obra que sobrenombra — tal sobreobra. Dos: el sobrenombre carece de valor legal (está, un poco como el campesino de *Ante la ley*, manifiestamente fuera y/o antes de la ley). Tres: el sobrenombre, si bien posible, es innecesario; una obra puede transcurrir tranquilamente sin sobrenombre — no así, empero, dirísase, sin título o nombre. Y sin embargo... a poco andar, cada una de estas convenciones de la fortaleza del sentido común se revelan extremadamente frágiles e inestables. En primer lugar, nada impide, de *iure* y *de facto*, que un sobrenombre no esté (también) inscrito en el propio cuerpo textual (tal *El desaparecido* para AMÉRICA, de Kafka, o viceversa) y, a fin de cuentas, que su atópica pueda ser también una tópica celada. Luego, nada impide tampoco que un sobrenombre, incluso un sobrenombre del cual su autor o autores jamás tuvo o tuvieron noticia, pueda gozar de valor legal (tal el *Códice de París*, para uno de los más célebres textos aztecas precolombinos, o la *Metáfisica* y el *Organum* de Aristóteles y, ejemplo que no fuera cualquier ejemplo, la propia *Biblia*, ese mote griego tardío para los rollos de las sacrosantas escrituras). Se arguirá que lo que en este caso ocurre es que el sobrenombre pasa a ser nombre propio, pero tanto como eso se podría decir lo contrario: un devenir sobrenombre del propio nombre ('prestado nombre' dirá Patricio Marchant en *SOBRE ÁRBOLES Y MADRES leyendo la CARTA POSTAL de J. D.*); nuevamente el caso de *EL DESAPARECIDO / AMÉRICA* es ejemplar. Por último, en cuento a la supuesta contingencia del sobrenombre en contraposición a la necesidad del nombre, por poco que tengamos en cuenta la historia de la sobre/nominación (y no sólo en Occidente), podremos verificar que el sobrenombre no está en una situación muy distinta a la del nombre. Hay innumerables obras legadas por la tradición que nos habrán llegado sin título, sea porque éste se perdiera en sus reenvíos (por caso, el "DIARIO" de Pigaffeta, que sólo goza hasta hoy de sobrenombres), sea porque acaso nunca lo tuviera como tal (no sólo cartas de toda laya sino, otra vez, ejemplo de ejemplos, la *BIBLIA*). Todo lo cual nos lleva a subrayar que, no habiendo esencia ni referencia segura del sobrenombre, su única convención general viene a ser la de carecer de una, de una ley general y universal. Lo cual no nos impide, se entendiera, catear *la singularidad de un proceso que, en el curso de un drama único, hace estarse un sobrenombre ante un corpus irremplazable (estarse: forma verbal más que recurrente en el Ande), tal este petit texte que es(tá) Ante la ley. Petit texte: su nombre (nombre de su sobrenombre).*

Petit texte, con todo, no traduce sin más 'texto pequeño' o 'texto breve' (ambos *Ante la ley*, de F. K. y de J. D., no tienen gran cosa en común en términos de extensión o talla, ni tampoco estos con *Hay comentario...* ni ése ni aquéllos con

éste). Sobresale y sobrecoge, antes bien, la fabulosa *ambivalencia del término*, entre ‘texto insignificante’ o nomás ‘nonada’ (tal como se habla de un *petit historien* o de un *petit philosophe*) y ‘texto decisivo’ o ‘clave’ (tal como se habla de un *petit comité* donde se cocinan las decisiones relevantes). En su in/significancia, el *petit texte* (tal mote) se divide de entrada. Tal *término*. De entrada. Tal ley que puede ser (también) una puerta, umbral o vano que abre y cierra el paso — significativa e insignificante a la vez, legible e ilegible, puerta y ley, *Ante la ley*:

El texto sería la puerta. (...). Tal conclusión [del guardián] cierra asimismo el texto. El cual, sin embargo, nada concluye [*ne ferme sur rien*]. El relato “Ante la Ley” no contaría o no describiría otra cosa que a sí mismo en cuanto texto. No haría más que esto o también haría esto. No mediante una reflexión especular sustentada en algún tipo de transparencia sui-referencial, sino, e insisto en [*sur*] este punto, mediante la ilegibilidad del texto, si entendemos por esto — en la imposibilidad que nos hallamos de acceder a su propio sentido — el contenido quizás inconsistente que reserva celosamente. El texto se protege, como la Ley. No habla más que de sí mismo, mas con ello halla [*mais alors de*] su no-identidad. No llega ni permite llegar a sí mismo. Es la Ley, hace la Ley y deja al lector ante la Ley. [Subrayo].

Para ir terminando, para ir ya saludando despidiendo *a* y *ante* la ley sin Ley del *petit texte*, me circunscribiré a dejar estampados aquí, a concitar, a modo pues de esos peñazcos arrojados en la apacheta de Portezuelo que Pedro (otra piedra) Umiri consignara en *Aka Jach’a Pampa*, nomás algunos breves fragmentos terminales de la ley / puerta de J. D. (Judío (marrano) Derrida, también: en su SHIBBOLETH J. D. recordará “*Vor dem Gesetz, Ante la ley*, de Kafka, pero también [...] todo lo que, en el judaísmo, asocia la puerta y la ley”).

Antes, con todo, antes de acabar o hacer acabar este envío, un postrer rodeo por las piedras, piedras de Praga (p. P.). Pues aún hoy subsiste en su viejo cementerio judío una acendrada tradición tal la de Portezuelo (un portezuelo: un pequeño puerto, según la R.A.E, en la acepción de *puerto* que remite justamente a *puerta*, esto es, al ‘paso entre montañas’ y/o a la ‘montaña o cordillera que tiene uno o varios de estos pasos’), la cual, en sus meandros y escansiones, arroja acaso viejonuevos indicios sobre el drama singular del sobrenombre ante(s de) la ley (lo de ‘viejonuevo’, se entendiera, no sólo le hace señas al sobrenombre dado por J. D. a la ya mencionada entrevista, *Derrida el insumiso*, sino también, como tal sobrenombre, *Desellar* (“*la viejonueva lengua*”), al nombre de una histórica sinagoga del barrio judío de Praga, la *Alteneuschul*, hoy por hoy la más antigua sinagoga de Europa — en cuyo ático, por demás, entreverado entre las letras de un doblemente viejonuevo escrito, según puntea un persistente relato popular, espera su hora la arcilla un Golem (aquella

creatura monstruosa y/o automática *avant la lettre* lejanamente emparentada con la creatura de las creaturas, la figura adámica). La susodicha tradición dicta precisamente dejar una o más piedras sobre la tumba del Rabí Löw (Maese Leo), en memoria y/o ofrenda, cabalista de nota (1512-1609) que pasa tradicionalmente por ser el autor del praguense Golem.

(Piedras de Praga: imposible no recordar en esta nota a pie, donde el castellano migrante, entreveraz leyente, sin mandar nada manda, las (piedras) del castillo que domina la ciudad, tanto el barrio judío como el ‘pequeño barrio’ entonces, *Malá Strana*, que Neruda en sus poemas-cuentos recreara. El uno como el otro. Jan con sus *CUENTOS DE MALÁ STRANA* y Pablo con su *Conversación de Praga* y, aún allende, *Los puentes* que, estando por citar aquí entero(s), acotara: *desde Malá Strana los pies que hacia Moravia / se dirigieron, los pesados / pies del tiempo, / los pies del viejo cementerio judío [...] pasaron y bailaron sobre el puente [...] hacia la piedra*. El uno como el otro, sigo, aunque si la homonimia es patente, nada es menos claro — al contrario de lo que pasa por certidumbre — que uno (el chileno) haya tomado del otro (el checo) el nombre, tal apellido. Indagaciones recientes y no tan recientes (Arteche, M., Robertson, E., *et al.*) indican que P. N. tomó, primero como pseudónimo o sobrenombre y luego como legal nombre, ‘Neruda’ de Vilma Neruda, *una de las más finas violinistas de su tiempo*, según la Enciclopedia Británica, muerta en 1911, y que en sus inicios, tal niña prodigia, se presentara por demás recurrentemente en Praga. El uno como la otra, habría que decir (también y antes bien) entonces. Cuando Neruda, Neftalí Reyes entonces, contaba 14 años, y su padre — José, su nombre, por demás como el del mío — *perseguía denodadamente su actividad literaria, para encubrir la publicación de sus primeros versos se buscó un apellido que lo despistara totalmente*. Encontró en una revista ese nombre checo, sin saber siquiera de la existencia del escritor homónimo, cuenta en sus *MEMORIAS*. Tres años después, en 1921, ‘Neruda’ se popularizará al ganar un concurso literario con tal seudónimo, de veras sobreseudónimo: *El pseudónimo del autor que ganó el concurso era Sachka Yegulev* [protagonista del relato homónimo, de Leo Andreiev] y *cuando abrieron el sobre se encontraron con otro pseudónimo, Pablo Neruda (NERUDA, V. Teitelboim)*. Para despistar *totalmente* al padre no bastara, entonces, un único sobrenombre sino más de uno: uno y otro — y si el otro es de otra, tanto mejor tal vez. Como todo despiste — justamente: a fin de extraviar a quien sigue o persiguiera la pista — ha de enhuellar(se), tal pista que despista está destinada a *alter* (al padre, aquí, de Neruda) pero no, se entienda, al mismísimo autor... salvo que, giros y abisales sobregiros mediante, introyecciones e incorporaciones trópicas y aún psicotrópicas que no es del caso seguir en todos sus

meandros bio y bibliográficos, las posiciones identificatorias intempestivamente se inviertan y tarde o temprano él mismo (P. N.) termine por encontrarse con el perseguidor (el padre). Salvo. *Bref*: P. N. se (re)encuentra (conversando) con su padre en Praga en un poema dedicado literalmente entre paréntesis a Julius Fucik, escritor y mártir de la resistencia checa al nazismo, poema que mima secularizando (humanizando) al *Padre nuestro* crístico... y Dios se hizo Hombre y, de paso, el *pequeño dios*... *Radiante Julius* [...] *danos hoy como el pan de cada día / tu esencia, tu presencia* [...] / *Ven a nosotros hoy, mañana, siempre* [...]. Tal pasaje de *Conversación de Praga*, in LAS UVAS Y EL VIENTO (Nascimento, 1954). Ahora cierro de golpe este paréntesis. Y. Leo, por fin, un pasaje de un *petit texte* del poeta checo Jaroslav Seifert, firmante de la Carta 77 por los Derechos Humanos y Premio Nobel de literatura 1984, *Ante la puerta de Matías* — puerta que pasa por ser la primera de las innumerables del castillo de Praga: *Con la barbilla apoyada en las rodillas solía sentarme ante la verja del castillo y miraba pelear a los gigantes, uno con un palo, el otro con una daga; tenía tiempo de sobra, esperaba el final de aquel combate. La guerra, por entonces, poco a poco retrocedía; me sonaban las tripas, y había hambre. Pero, ¿qué le importa al cielo cuándo llega la primavera?*).

Paul Celan (Derrida, libre y atento lector de Celan, en SHIBBOLETH habrá realizado la misma operación homonímica que en y con *Ante la ley*, en este caso con un *petit texte* de DE UMBRAL EN UMBRAL, por demás uno de los pocos poemas donde Celan inscribe un fraseo castellano, un — decir en lengua franca — *mot de passe: No pasarán*), Celan, decimos, hijo único de Leo Antschel y Friederike Schrager, y cuyo nombre hebreo fuera justamente *Pessach* (paso), saludara también tradición tal: un poema suyo memora un *guijarro / de la cuenca del Morava, / que tu pensamiento llevó a Praga, / sobre la tumba, sobre las tumbas, a la vida* (*Es ist alles anders*, in LA ROSA DE NADIE, traducción de J. L. Reina, in O. C., Trotta). Tal tradición, que es también, sabido, asunto de traducción, tal golémico reenvió a la memoria del (artista) Creador — que Celan, lo entreveremos enseguida, a su modo acotará —, amenaza, con todo, y de pies a cabeza, la posibilidad misma del *petit texte*, cada vez. Pues el Golem porta la puerta de la desmesura en su hechura, infinita pulsión de infinito, del Poema Universo, de la obra (de arte) total — en una palabra, dos: de Occidente (de ese declinar o decaer o, tal alemánico *Abendsland*, país del atardecer).

Como lo refieren múltiples relatos (cf. G. Scholem, LA CÁBALA Y SU SIMBOLISMO), tras haber sido animado desde la arcilla por la inscripción en su frente de la palabra creadora, la criatura golémica inicia un crecimiento sin término,

tal tumor o bocio irrefrenable, lo que obliga al Rabí Löw (o quien sea que ocupe su lugar, pues la saga golémica hunde sus rastros en el *Génesis* mismo) a devolverlo periódicamente a su estado pre-animado mediante la cesura de la palabra inscrita: incisión del *álef* inicial en la palabra hebrea *emet* (verdad), sello talmúdico de Dios, que deviene así *met* (muerte). Otras versiones aluden a una suerte de desconstrucción *avant la lettre* de la criatura mediante la realización del ritual creador en sentido inverso ('No meditéis... en dirección constructiva, sino, antes bien, al revés' dice un *pseudoepígrafo* cabalístico de principios del siglo XII citado por Scholem). Otras variantes concuerdan, en fin, en que, precisamente como antídoto para su pulsión de infinito, el Golem (que en algunos relatos aparece con nombre propio, tal José; cf. B. Borovich, LA CÁBALA) carece de impulso sexual o lo tiene fuertemente reprimido — un poco como decía Freud que la ley moral, a efectos de regular la entrada en la cultura, tal represión (*Verdrängung*), impide el goce. Con todo, en versiones modernas del mismo relato, como la del film mudo de Paul Weneger *EL GOLEM: CÓMO VINO AL MUNDO* (1920), la criatura termina acalorándose con Miriam, la hija del rabino: figuración *à la limite* doblemente incestuosa, no sólo porque en tanto engendro *del* rabino el Golem es también progenie suya, sino también desde que más de un relato habrá venido a traslapar el lugar del creador por el de la criatura (golémica), tal engendro *de* rabino o maestro — no sólo Borges, también Celan. Pero mientras Borges en *El Golem* de *Sur* 77 mantiene la analogía (Rabino: Golem = Artista: Obra = Dios: Hombre = Padre: Hijo), Celan opera una suerte de bi-cirugía, al interrumpir a la vez analogía y *logos* en un poema que viene justamente *antes* de la mención del guijarro llevado a Praga, y en el cual relato y coloquio por momentos se vuelven indistinguibles. Lo transcribo íntegro, en traslación de J. L. R. ligeramente entreverada (a riesgo de volver el *petit texte* hasta cierto punto algo golémico — sólo hasta cierto punto, tal *point du jour* acaso —, dejo en rojo oscuro y casi sin mayor comentario por ahora los lugares de incisión):

A UNO QUE SE ESTABA ANTE LA PUERTA, un
atardecer:
a *éste*
le abrí mi palabra: hacia
el engendro lo vi trotar, hacia
el medio
trasquilado, el
hermano nacido en la
bota embarrada del lacayo, el
del sangriento
miembro de
Dios, el
humúnculo pipiante.

Rabí, rechiné yo, Rabí
Löw:

A ése
circuncídale la palabra,
a ése
escribete la viva
nonada en el alma,
a ése
sepárale los dos
dedos contrahechos para el
dictamen de salva-
ción.
A ése.

.....

Cierra también la puerta del **atardecer**, Rabí.

.....

Abre de golpe la puerta del **amanecer**, Ra- —

Abro un breve (doble) paréntesis *sobre* homonimia y sobrenombre. Sobre la homonimia entre el título de este poema y el único subtítulo de este *PETIT TEXTE*, primeramente, prevenciones: se trata de una operación doblemente acotada. Tanto el subtítulo, aquí, como el ‘título’ en el poema de Celan no fueran propiamente nombres (no hay aquí homonimia como tal; casi-homonimia a lo más). En el caso del subtítulo la situación es clara; éste está bajo el nombre (el que a su vez, y esto enreda algo la cosa, es también nombre de un sobrenombre, el de *Ante la ley* de J. D., el de *Hay comentario...* de G. B., *et al.*), es ‘nombre’ que no accede o no alcanza a ser propiamente nombre, siendo antes bien sub o semi-nombre. En cuanto al título del poema de Celan, en el primer verso (no todo, pero casi todo; lo que del verso viene marcado en versalitas), aquél forma parte (también) del cuerpo textual — cuerpo y cabeza, nombre y/o ‘cosa’ (que nombra). Pero, por otra parte, la homonimia viene acotada además por el pasaje rojo oscuro, intervención en traducción, que no estaba por cierto en el ‘título’ de la traducción canónica, la de J. L. R., ni menos en el *petit texte* de Celan. Acotación nimia, se entendiera — sobreveniente rojez gemela (*dunklen / Zwillingsröte*) al Ande en pena— o no.

Cierro el primer paréntesis y abro el otro — sobre el sobrenombre. A estas alturas el sobrenombre de *Ante la ley* de J. D., tal *petit texte* sobre *Ante la ley* de F. K, mote dado por el mismo J. D. en la entrevista a C. D. (Catherine Davis, se recordara, y no

Camote Derrida, por mucho que algún mote se aloje cada vez en cada camote, y que éste remita en ciertas meridianas comarcas, según la R.A.E., por su dulzura acaso, a las figuras del ‘amante’ y del ‘enamoramiento’ que bosquejara Germán ante y por J. D.), a estas alturas, digo, la intriga del sobrenombre, *urnom* y aún en ciertos montañosos parajes *Übername* (griego *epitethos*), parece en franca caída libre, puesto que linda con el epíteto genérico a riesgo de perder toda la singularidad en lo que aún de llamar diferencial habría en cada sobrenombrar. El carácter *único* del drama del sobrenombre en y de *Ante la ley* de J. D. (J. D., *diferrancia* precisamente de la diferencia o decisión entre nombre y sobrenombre, que se juega por demás también entre *Derrida el insumiso* y *Desellar* (“la viejonueva” lengua), entre edición y edición del mismo coloquio o entrevista, entre el seminario *La facultad de juzgar* en el castillo y la conversación con C. D. para el *Nouvel Obs*), a estar alturas, insistimos, tal singularidad pareciera borrarse ante la abierta generosidad del *petit texte* en tanto sobrenombre (no sólo por la ‘homosobrenimia’ con el mote de la alucinógena conferencia de G. B. , se entendiera, con el de *Ante la puerta de Matías* de J. S. o con el de *A uno que se estaba ante la puerta* de Celan) que, en este caso, por demás, da también nombre, o casinombre, casinombre y sobrenombre, a este puntual envío peatonal. Y es que la elevación del prefijo *sobre* en el sobrenombre, inusitadamente, su sobregiro homo-sobre-nímico, sobreviene esta vez por lo bajo. Como si hablar *con* y *de* sobrenombres fuera cosa pequeña en escrituras, cosa que conllevaría tarde o temprano a caer muy por lo bajo. En conclusión provisional: al menos dos peligros celan el paso de un sobrenombre: su gigantismo o generosidad ilimitada (homosobrenímica) y su singularidad sin más (pues, en este caso, ¿qué sería un sobrenombre estrictamente puntual, uno único, por una sola vez, sino un viejonuevo Inefable? ¿Ya no epíteto sino nomás bien *hapax*? Pero el *hapax* desde que nombra o sobrenombra deja de serse como tal (‘hapax’, del griego ἄπαξ, ‘una vez’, ‘una sola vez’)).

.....

Para ir llegando ya a término, ahora sí, para ir interrumpiendo este envío que podría proseguirse al infinito, nomás apunto aquí, tal par de guijarros a la apacheta de Portezuelo destinados, los breves prometidos pasajes terminales (de) *Ante la ley*.

Poco antes de entrar de lleno en el pasaje de EL PROCESO que reencuadra (el relato de) “Ante la ley” de F. K. y poco después de haber recordado el origen de la conexión freudiana entre represión y ley (citando tempranas cartas a Fliess, J. D. puntea: *Freud se introduce entonces en consideraciones sobre el concepto de*

represión, sobre la hipótesis de su origen ligado a la posición vertical, dicho de otro modo a cierta elevación: el paso a la posición erguida eleva al hombre, el cual distancia el olfato de las zonas sexuales, anales o genitales — subraya Derrida), J. D., parafraseando entonces a quien recuerda que Kafka *leyera* con fruición, eleva de golpe el alicaído prefijo *sobre* (y de paso el sobrenombre). He aquí, pues, *vide infra*, la primera de las piedras:

A pesar de la pobreza inicial de esta noción de represión, vemos que el único ejemplo de ‘proceso intelectual’ que da Freud es el de la Ley moral [*loi morale*] o el pudor. El esquema de la elevación, el movimiento hacia lo alto, todo aquello que indica la preposición *sobre* (*über*) es tan determinante como el esquema de la purificación, de la desviación [*détournement*] de lo impuro, de las zonas del cuerpo que huelen mal y que no hay que tocar. La desviación se hace hacia lo alto. Lo alto (por lo tanto, lo grande) y lo puro es lo que producirían la represión como origen de la moral, ello es lo que en términos absolutos *vale más*. [bastardillas de J. D.].

Infra que aquí es *supra* (tal subtítulo o sub-nombre que es aquí sobre-nombre), J.D. apura el paso. De la intriga, como complot y/o coito, en un texto sobre *Ante la ley*, *Ante la ley* de J. D., texto que sólo nombra (nombres y títulos de) hombres (no sólo el campesino y el portero de la cita kafkiana, se entenderá, también autores de nota como el mismo Freud, Heidegger, Hegel, Kant, entre otros más) y apenas una *silueta femenina* entrevista en *LA FOLIE DU JOUR* de Blanchot, anticipando con ello quizás el análisis sobre la ‘homosexualidad viril’ de la filosofía y la politicidad occidental de sus POLÍTICAS DE LA AMISTAD, la intriga, digo, se aproxima al desenlace en un giro o sobregiro marcadamente libidinal, coital (ya normal, esto es, según la norma del complot o coito, psicoanalítica por caso o caída, ya anormal):

En cierto código médico, la expresión *ante portas* designa el lugar de la eyaculación precoz de la cual Freud pretendió establecer el cuadro clínico [...] En el texto o ante el texto titulado *Ante la ley* [...] lo que ocurre o lo que no ocurre, su lugar y su no lugar *ante portas*, ¿no es precisamente el himen de la Ley, la penetración (*Eintritt*) en la Ley? El aplazamiento hasta la muerte del anciano niño, del joven viejo, puede ser igualmente interpretado como no-penetración por eyaculación precoz o por no-eyaculación. El resultado es el mismo, el juicio, la conclusión. El tabernáculo se queda vacío y la diseminación es fatal. La relación con la Ley es interrumpida: es irreductible al paradigma sexual o genital, al *coitus interruptus* o nulo, a la impotencia o a la neurosis que Freud describe [*sans-rapport qu’il ne faudrait pas se hâter de comprendre à partir de paradigme sexuel o génital, du coitus...*]. ¿No cabe preguntarnos [*n’y a-t-il pas lieu d’interroger...*] sobre aquello que tranquilamente llamamos la relación sexual a partir del relato sin relato de la Ley? Podemos apostar a que los gozos llamados normales no se sustraerían a ello.

Y un poco antes, casi al (doblemente) acabar, otra piedra, otro camote (según la normativa de la R.A.E., otra vez, ‘camote’: también ‘piedra o terrón’) al pasar:

Me contentaré con citar algunos fragmentos [*lieux du chapitre...*] para terminar, a modo de esas piedrecitas blancas que se depositan en un camino, o en la tumba del rabino Low que volví a ver en Praga hace algunos meses, en la víspera de un arresto y de una instrucción sin proceso en el curso de la cual los representantes de la ley me preguntaron, entre otras cosas, si el filósofo al cual iba a visitar era un 'kafkólogo' (dije haber venido a Praga [*aussi* — subrayado también por J. D.] para seguir pistas kafkianas); mi propio abogado [*commis d'office*] me había dicho: 'Debe usted tener la impresión de vivir una historia de Kafka'; y cuando ya se iba, 'no tome esto demasiado trágicamente, vívalo usted como una experiencia literaria'. Y cuando dije que no había visto jamás antes de la Aduana [*avant les douaniers*] la droga que pretendían descubrir en mi maleta, el Procurador replicó: 'Es lo que dicen todos los traficantes de droga'

.....

Bref: Derrida acabará por ser liberado gracias a la intervención del gobierno francés, y cruzará en tren la frontera checo-alemana (frontera que, en sentido inverso, y también en tren, volveremos a verla atravesar por otro escritor y gran lector de Kafka, Derrida y Celan, y por demás ex alumno de los cursos (de Hölderlin) de Heidegger en Friburgo, casi medio siglo antes, en la página 130, un poco más adelante).

P. D. (*Post data*, cómo no, canónica norma, y a la vez *tal vez*, ésta, prenorma, pubial promesa, tal *soroche* padre o mal de montaña sideral, *Padre desaparecido*). Nomás un hipógrafo, que ya no epítetos ni epígrafos, y antes bien un anógrafo (de abajo hacia arriba y viceversa), un par. Uno, de los DIARIOS de Franz Kafka Löwy (en la CARTA AL PADRE, K. dice *ser* más Löwy que Kafka), un 19 de enero, tarde, para *concluire*: *¿Qué significan hoy las conclusiones de ayer? Significan lo mismo que ayer, son verdaderas, solo que mi sangre va escurriéndose por las grietas que hay entre las grandes piedras de la ley.* Y el otro, para *cerrar abriendo*, de los ENSAYOS de Michel (Eyquem) de Montaigne (M. M., como está dicho, *comón* o *comero* impenitente, gran lector de López de Gómara, Colón *et. al.*, y descendiente de marranos por parte de madre, como la mía, y (de) aragoneses, ¿hay que decirlo otra vez, sobredecirlo?, como mi madre), *De la costumbre, y de no modificar a tontas y a locas la ley recibida*, francamente: *Il en est... où les peres ont charge du chastiment des masles, et les meres à part, des femelles : et est le chastiment de les fumer pendus par les pieds. Où on faict circoncire les femmes... Où tout est ouvert : et maisons pour belles et riches qu'elles soyent sans porte, sans fenestre, sans coffre qui ferme :*